

puede imponérsenos como consecuencia de una demasiada perfección en la maña y el arte. Confesemos sinceramente que nos turba un poco la dificultad de establecer un contorno profesional específico en la vida de este personaje eminente. ¡Cuánto nos complace verle apartado, como buen occidental, del tipo turbio y para nosotros siempre equívoco, del *Profeta!*... Pero cuando no se es *Profeta* hay que ser *Artesano*. En situaciones como las que vagamente se designan con el nombre de «hombre político», de «parlamentario», de «publicista» — situaciones intermedias, ni tan románticas como el profetismo ni tan normales como la artesanía—nos cuesta trabajo encontrar una garantía suficiente para una gran obra social que cumplir. No es culpa de Mac Donald, pero no es culpa nuestra tampoco, si tantas y tan desventuradas experiencias anteriores vienen a abonar nuestra desconfianza en este sentido.

En cambio, su calidad de antiguo viajero de la información nos complace mucho. También Lenin había sido viajero. Pero no es lo mismo ir a Ginebra, tortuosamente, para conspirar, que ir a la India, sencilla y humanamente, para aprender.

LENIN Y LORD HALDANE

MUCHO se ha discutido si Lenin era de procedencia noble. Sábese que su padre ejerció, en el campo, oficio de maestro o bien de inspector de escuelas. Pero unos dicen si venía de una estirpe aristocrática. Otros, de una familia de músicos... Nosotros nos inclinamos a creer lo primero.

A ello nos induce el hecho de la real eficacia revolucionaria de Lenin... Que siempre hemos sospechado ser ley constante en la historia interna de las grandes revoluciones la que atribuye en ellas papel decisivo a quienes, por su sangre al menos, no pertenecen a la clase que las agita. Es éste uno de los capítulos más interesantes de lo que podría llamarse misión y necesidad de lo heterogéneo, en la dinámica social como en la vital.

No una, varias *Jacquerie* contó en realidad Francia, en el transcurso de los siglos. ¿Por qué el pueblo no venció en ellas? Porque le faltó lo que luego la Revolución francesa tuvo; es decir, la colaboración de algunos nobles, desertores del interés de la clase, por lo que juzgaron imperativo de justicia. Estos nobles son los que siembran las ideas, conducen luego la acción popular y hasta escriben *La Marsellesa*. También la revolución rusa ha tenido sus Lunarschafty, archipatricos; tal vez sus Ulianof, que éste era el nombre de Lenin. Por esto, y únicamente por esto, pudo triunfar.

En el Ministerio laborista formado por Mac Donald figuran tres o cuatro nobles. A la cabeza de ellos, el vizconde señor de Haldane, gentil hombre y filósofo, que presidió una de las secciones del mitin filosófico de Oxford, en el otoño de 1921, y que el otro día tranquilizaba en la Cámara alta a sus pares, sobre la corrección con que iba a desarrollarse la futura actuación del

laborismo gubernamental. Lord Haldane parece destinado a ser el Lunacharfsty en la tarea a cuyo frente estará Ramsay Mac Donald en vez de Lenin... Y que no se llamará revolución simplemente porque acontecerá en Inglaterra.

EUGENIO D'ORS.

(A. B. C., Madrid).

Como vivió Lennine, en Suiza

DEL físico de Lennine yo sabía lo que todo el mundo. Era medio calvo. Y enteramente feo, como todos los hombres cuya vida interior domina sobre la exotérica. La casualidad quiso que en los años de mi permanencia en Suiza, oyerá con frecuencia hablar de él, comentar, a personas que lo trataron de cerca, aspectos humildes de su existencia. Aquellas referencias, que por ser fortuitas y enteramente imparciales, ya que no venían de partidarios entusiastas ni de camaradas, lo presentaban como un hombre sencillo, bueno, estudioso, honorable en la pobreza, han sido para mí, más tarde, motivo de largas reflexiones. ¿Es posible que el mismo personaje bondadoso, modesto, de vivir gris, se convirtiera luego en el «mongol sanguinario, hirsuto, bebedor de sangre, y cuya abra cadabrante silueta se destaca hoy sobre una vasta colina de muertos? ¡Qué manojos de absurdos y de contradicciones es el hombre! ¿Acaso sabe uno nunca, en política, en amor, en la lucha de intereses, cuántos yo invisibles llevamos bajo el yo externo que se ofrece a los otros, y que en ocasiones hace creer a nuestra propia conciencia que ese yo es el único real y existente? Pero la psicología de hombre más desconcertadora es tal vez la del ruso. (Como la de la mujer eslava en general). En la Europa occidental se ha creído conocer a los rusos a través de las novelas de aquel insigne hipócrita de León Tolstoi, a través de las páginas enfermizas de Dostoiewsky, siguiendo a los vagabundos de Gorki, saboreando los cuentos exquisitos de Ivan Tourguenef, el «amable bárbaro», según la expresión de los Goncourt. Y cuando ya los teníamos clasificados, definidos, rotulados, ¡zás!, el alma eslava da una voltereta y se nos escapa, se torna ondulosa, tortuosa, inapresable y lejana como las estepas sin fin... Federico Amiel, hace más de medio siglo, escribía estas palabras en su *Journal intime*:

—«Qué peligrosos amos serían los rusos si alguna vez cayera la noche de su dominación sobre los países del mediodía! El despotismo polar, una

tiranía como el mundo no ha conocido aún, muda como las tinieblas, cortante como el hielo, insensible como el bronce, con exteriores amables y el esplendor frío de la nieve, la esclavitud sin compensación ni dulzura: he ahí lo que ellos nos aportarían».

Nicolás Lennine, al desaparecer del escenario humano, reviste de una inquietante actualidad la afirmación del filósofo ginebrino. ¿Ha sido fecunda la obra del dictador? ¿Fueron útiles los crímenes por él inspirados o dirigidos? ¿Ha sido un bien su muerte y se ha ido en el momento oportuno?

Mientras el lector medita la respuesta yo he de evocar, al azar del recuerdo, detalles nimios del período en que el jefe de los Soviets vivió en la tierra de Tell. Berna es una ciudad sombría y monótona. Capital política de la Confederación, no lo es en ningún otro orden. La industria y el comercio se han refugiado en Zurich. La jarana y la risa en las riberas del Léman, en Lausana, la zig-zagueante, la de las calles empinadas, en Ginebra, la incomparable, la coqueta azul enamorada de su Lago. Pero Berna es de una irresistible belleza otoñal y los años, que allí caminan más lentos, pasan sobre nosotros adormeciéndonos en un maleficio de olvido. Lennine, desterrado por el gobierno del Czar, llegó a ella sin sospechar que en las mayas de aquel paisaje único quedarían presas su tristeza y su inquietud viajera. De cuanto oí decir de él, deduzco hoy que los días más dichosos de Nicolas Lennine transcurrieron allí. Por las mañanas se encontraba en la biblioteca municipal, roído caserón atiborrado de libros abstrusos escritos en todos los idiomas. (El hablaba correctamente el alemán, el francés, un poco de inglés). Por las tardes, algunas veces, iba a la biblioteca nacional, que contiene exclusivamente libros relacionados con Suiza. Todavía en aquella época, la primera de su largo exilio, Lennine tenía con que sufragar sus pequeñas necesidades. Era en extremo sobrio. Sus dos vicios capitales eran el té y el tabaco, pero todo eso cuesta